

Sikou Bala
UNIVERSITY OF HAWAII

Department of European Languages and Literature
1890 East-West Road · Honolulu, Hawaii 96822

Foreign



VIA AIR MAIL

*Mr. zu Ludwig Feller
2775, Kennedy Rd.
Richmont, Ontario*

Canada

25/4/73

Queredos Luchas y Herona:
en stos días terribles, va sta bella
y eterna página, como un baño de
claridad, de luz, en tu noble
don Menicus Produ-Sales!
Nuestras cartas se han cruzado!
fuerza por aquella del 17!

Cariños y
1000 abrazos,
R. J.

ELOGIO DE UN POETA DEL PUEBLO

En las ciudades de Chile—como en todas las ciudades del mundo—hay algunos puntos en que la vida urbana y la vida rural convergen en intercambio de rostros, de olores, de gestos y de mercaderías. Son las estaciones de ferrocarril. Existen las estaciones aristocráticas, paradas de expresos internacionales que traen pullman y coche comedor y donde arriban o pasan los turistas ociosos y las primeras figuras de la política y las finanzas. Para ellos, personajes foráneos, en aquellas plutocráticas estaciones se pagan guías políglotas de gorra azul; funcionan hasta alta noche las oficinas del cable y del telégrafo y pueden saber a la hora más inusitada las cotizaciones de la Bolsa. Los limpios muros proclaman en policromos carteles el encanto de un balneario, las virtudes de ciertas aguas termales y el universal empleo del salitre chileno o del café del Brasil. El hierro, el cristal, el cemento armado concurren en monumentales juegos de formas a levantar el orgulloso ámbito de aquellas catedrales de la técnica y del capitalismo. Se llaman la estación de Pensilvania en Estados Unidos, la de Milán en Italia, la de Leipzig en Alemania. Pero frente a estas estaciones internacionales, lujosas y ensobrecidas, hay las otras que más que con el exterior comunican con lo más interno y propio de cada país, enlazan los cami-

CRISIS. CAMBIO. TRADICION

nos periféricos y traen en sus trencitos de ramal una noticia y un testimonio palpable de lo que pasa en los campos, en el bosque, los sembrados, los esteros, las granjas.

Amo por ejemplo, en Santiago, esa vieja Estación Central, boca que arroja sobre la urbe su cotidiana provisión de frutas, de legumbres, de carbón y de pasto prensado, de huevos y de corderos tiernos, de inmensas chupallas de «huasos». Un mundo pre-industrial que viaja en los canastos rurales; que cacarea en las jivas colmadas de gallinas montaraces, que se hace color en los chamantos y en los ponchos de Castilla, que fuma su cigarrillo de hoja y bebe su damajuana de vino grueso o sorbe la última dulzura del Otoño en la bendita chicha del mes de abril, es el que al salir por las ferradas puertas de la Estación Central choca violentamente con este otro mundo de las luces eléctricas, de los tranvías, los comercios y los autobuses. Si es el fin del verano acaso se pasó el día en la soleada fiesta de una trilla en tierras de Talagante o San Francisco del Monte; se aquietaron los nervios en la calmada sociedad de las gentes campesinas; trajimos con nosotros uno como perfume de menta, de fogata o de transpiración de caballo trotador; y ahora como un peligro, con su pánico encendido y ruidoso nos toma otra vez la ciudad. Y por las callejuelas próximas a la Estación, siguiendo sus desvíos y sus barracas, aparece ya como una creación terrible de la vida urbana el mundo sufriente y sórdido del proletariado industrial. El aire libre se hace allí aire cerrado; el carbón de las locomotoras y las fábricas pinta su hollín implacable sobre las murallas, y el patio del conventillo con su única llave de agua y su chiquillería pululante, el conventillo que alinea sus cuartos como los nichos de un cementerio, es como una putrefacción de la ciudad. Un instinto artístico logra todavía expresarse a pesar de la sordidez y la miseria en los festones y gallardetes de papel picado que adornan una «cocinería»; en la vieja estampa litográfica que representa al Presidente Balmaceda, y en

el aparador pomposo y sobrecargado con sus tazas blancas o azules—tazas que sirvieron y se desportillaron hace mucho tiempo—y en las que ahora muere o se destiñe la antigua decoración floreal. Poned como el ají y la grasa de las cocinerías las interjecciones de los rotos; una puñalada nocturna, las pesadas borracheras de los sábados, el hombre que pega a su mujer y las mujeres que pelean por sus hombres y completarán la atmósfera, el fondo, el claroscuro de esa multitud angustiosa que aun en pleno día parece padecer de hambre y de sueño. Destino multitudinario; destino de un pueblo humillado y triste como todos los pueblos de América que espera sus intérpretes y conductores. Desde esta asustada medida noche en que aún está sumido quiere llegar y busca a tientas la claridad de la Justicia y de la Cultura.

En una zona así, en una comarca de tráfico y de encuentro entre el mundo rural y el mundo del industrialismo urbano, transcurre la poesía de Carlos Pezoa Véliz, este poeta que desde su silencio mortal de hace treinta años han querido traer a la presencia y estímulo de esta hora un grupo de escritores de Chile. Y sobre todo otro problema literario se ha situado en él uno que me parece primordial para el Arte de América: la comprensión y expresión de su pueblo. Murió Pezoa Véliz en 1908, a los veintinueve años de una juventud dolorida y trajinada que no pudo por eso madurar íntegramente la perfecta obra de arte. Fuera de siete u ocho poemas que no es posible sino saber de memoria porque como su «Entierro de campo», su «Organillo», su «Tarde en el hospital», su «Pintor Pereza», expresan un mundo anímico profundamente sentido, la mayor parte de su obra quedó en bosquejo, croquis o tentativa. Pero aun permaneciendo en estado de boceto, había en los poemas de Pezoa tan honda raíz popular, tan lograda identidad con el campesino y el obrero de Chile que de él parten y a él necesariamente deben afluir, algunas de las corrientes más vitales de la nueva poesía chilena. Con su imperfección técnica, cargado de los olores y los sentimientos más

densos que da esta tierra, Pezoa vive cuando otros que eran formalmente más perfectos y que acaso tenían más oficio y más letras, murieron y se olvidaron ya. Con la poesía de Pezoa Véliz, que él llamó muy bien «alma chilena», lo popular y lo nacional de este país huele y se siente como esos ramilletes de albahaca y claveles que junto a las gruesas fritangas, el capitoso ponche y el áspero vino negro que los pies campesinos exprimieron en el lagar, concurren y se venden en las fondas y ramadas de la caliente navidad santiaguina. Comida, trago, albahaca y clavel, la síntesis puede parecer muy poco poética a los demasiado exquisitos, pero así se resuelve en la costumbre popular. Y que después de beber el vino negro, Juan Roto sea capaz de comprar en la misma fonda la albahaca y el clavel, revela un fino enigma de su alma que nos obligaría a comprenderlo mejor. El alma suele estar más próxima del cuerpo y de la pasión elemental que lo que piensan algunos escrupulosos.

Con elementos hasta de un romanticismo trivial y sonambúlico—como ese romanticismo de las tarjetas postales del 900, donde las mujeres llevaban pelo verídico y cintillos dorados—; materia que el poeta no alcanzó a cribar y purificar en su temperamento artístico, Carlos Pezoa Véliz marcó en sus estampas algunos de los rasgos más esenciales y duraderos del alma popular chilena. Sus rotos toman el tren, camino de la terrible pampa salitrera. En su paisaje está el desierto mineral del Norte y la regada verdura del valle de Aconcagua. Está la puñalada y el hambre y aquel sentimiento henchidamente sanchesco que repleta las árguenas en el delicioso poema «Una astucia de Manuel Rodríguez». El campesino ve llenas las árguenas

con los pollos que daban en las chacras cercanas,
con las frutas pomposas, las lechugas lozanas
que bridaba la hacienda de don Pórfido Urriola.

Hace calor y sed; hay la más dulce chicha del año y

M A R I A N O P I C O N - S A L A S

«La morriña del néctar convidaba al descanso...
Fray Alfonso bajóse. Cerca había un remanso
de apacible frescura...»

Y mientras beben y comen y sacan la provisión de sus canastos, Pezoa Véliz convoca en el cielo o sobre los achaparrados árboles de la flora chilena estos pajaritos humildes cuya onomatopeya fija y cuyos nombres ennoblesce como las alondras y ruiseñores de las viejas literaturas. Zorzales, tencas, triles, se llaman los pajarillos selváticos que él educa y pone a cantar. Advierte entonces, moralizando:

Y que su charla argentina
verter suele el canto, sobre
la tosca mesa de encina
donde su pan como el pobre.

Quisisteis, compañeros chilenos, que en esta rememoración de un poeta que sintió y cumplió con su pueblo se aunaran a las vuestras, voces de otras partes de América. En el arte de un Pezoa Véliz que aun siendo fragmentario resulta profundo, se expresa y ejemplariza una cuestión que es integralmente americana: la de que en Chile como en Argentina, Venezuela, Perú o México los hombres se inclinen profundamente para escuchar su tierra de una manera semejante a aquellos huasos que en la evocación de nuestro poeta esperaban a cada galope de caballo y a cada flamear de mantas sobre el presuroso horizonte, la llegada de su huaso libertador, Manuel Rodríguez; o como los gauchos de la pampa argentina y los llaneros de mis sabanas que tienden sus orejas sobre la tierra desnuda para recoger hecha verdad o presagio toda la viviente lejanía.

MARIANO PICON-SALAS

Rafael Méndez Dorich
(Perú 1903-1973)
compañero de Moro.
Accejo Lechle.

¿Puedes, tal vez, ilustrar
el poema, y mandarme
la página para su
reproducción?

Vale!

Stefan

La haré a Méndez
y me suplemento
en ste Mele!

RECADO

Te fuiste, Rafael
para gozar del uso de la palabra
en el otro lado del Rimac
en compañía
de Eguren y de Vallejo
de Carlos Oquendo de Amat
y de César Moro
y de tu querido García Lorca.

Si por allá también hay
revistas de poesía
tu firma estará en buena compañía.

Y si no las hay
nosotros no te olvidamos
aquí.

Stefan Baciu